

Fueron desdichadamente felices. Fueron felizmente desdichados. La historia de amor del escritor **Francis Scott Fitzgerald**, autor de una de las mejores novelas de todos los tiempos (*El gran Gatsby*) y su esposa **Zelda** está hecha de cenizas y lágrimas, champán y tinta, caricias y desgarros, despedidas y reencontros, sonrisas y castigos, viajes sin fin y ruinas en el horizonte. Con un material riquísimo extraído del abundante caudal literario que la pareja dejó tras su prematura desaparición (cartas, novelas, relatos, testimonios de quienes les conocieron...), con el que **Tiziana Lo Porto** y **Daniele Marotta** han construido una novela gráfica que es una auténtica obra maestra. Una armoniosa, elegante y precisa narración que transmite sensaciones y emociones cruzadas de absorbente intensidad: desde el retrato de dos perdedores que apuraron hasta la última gota de la vida hasta la crónica de una autodestrucción compartida, la de un escritor devastado en plena ma-

Tinta fresca

Hermosos y malditos



TINO
PERTIERRA



durez, la de una mujer que acabó atrapada por la locura. Pocas veces una novela gráfica ha sabido captar tan bien la nostalgia que nace de la ausencia, la melancolía del tiempo perdido, el temblor indescriptible de un amor desangrado. «Yo era una niña hiperactiva e incan-

SuperZelda

TIZIANA LO PORTO, DANIELE MAROTTA
451

sable. Era independiente, valiente y me traían sin cuidado todos y todo. Jugaba casi siempre sola». Así era Zelda. Un día: «Mamá, no quiero ir más al colegio. Al parecer, ya lo sé todo». Lee, y lee, y lee. Y se maquilla a escondidas. Y quiere viajar. «Mamá, quiero ir a Nueva York. Quiero ser yo misma la que decida sobre mí». Zelda «simplemente no tiene miedo de nada, Ni de los chicos, ni de las habladurías sobre ella. Se muestra del todo impávida. Dice que sólo le importan dos cosas, la natación y los hombres. Corre el rumor de que nada desnuda, y ella se ríe de ello, pero no lo desmiente».

Rompe escarpates, colecciona decoraciones militares en una caja de guantes, baila agarrado de forma poco conveniente, entra en los coches a besuquearse, fuma, bebe ginebra y si no hay ginebra, aguardiente rebajado con Coca-Cola. No tiene amigas. Y un día baila con un aspirante a escritor: Francis Scott Fitzgerald. Y bailan y hablan y se enamoran. Para siempre. «Tú piensas de los

hombres lo que yo pienso de las mujeres», dice él. «No soy precisamente femenina intelectualmente», dice ella. Y añade: «Oh, soy brillante, egoísta, emotiva si me lo provocan, adoro que me admiren». Él: «No quiero enamorarme de ti. Ella: «Nadie te lo ha pedido». «Pero probablemente pasará lo contrario. Me gusta tu boca». Él.

Ella no quiere casarse. Él publica **A este lado del paraíso**. Y ella accede. Viven años locos. Viajan a Europa. Fiestas interminables. Conocen a escritores como Hemingway, entre otros muchos. Fascinan, también irritan. No tienen límites. El éxito los ciega pero sólo para abrir los ojos a la vida lúdica en estado puro. Discuten. Se reconcilian. Ella se va de casa con un baúl y vuelve al poco, pero el baúl se queda en la calle. Ella trabaja duro para ser bailarina sin escenario, y escribe, y él hace obras maestras y se extingue con el corazón hecho pedazos. Y mueren entre llamas y olvidos, hermosos y malditos.

Bloc de notas



Camba, Londres y la niebla

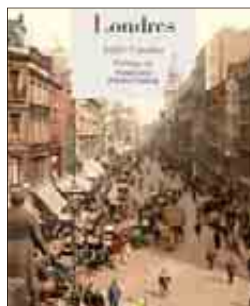
Entre los artículos que el periodista gallego escribió en su etapa en la capital británica se hallan algunos de los mejores de su producción



LUIS M.
ALONSO

Peter Ackroyd no había escrito su gran biografía de Londres cuando **Julio Camba** posó por primera vez sus pies en la capital británica. Para ser más exactos, Ackroyd aún no había nacido. Entre la publicación de la obra de este último y los artículos del periodista gallego ha tenido tiempo de compadecerse de sí mismo el siglo XX. Alternar estos días ambas lecturas me ha permitido reconciliarme con la niebla y sus efectos. Y de qué manera.

Los artículos de Camba que ahora reedita primorosamente Reino de Cordelia son el fruto de su estancia en la metrópoli eduardiana entre diciembre de 1910 y enero de 1912 como corresponsal del diario «El Mundo». Apenas hubo más Londres para el de Villanueva de Arosa y sin embargo podría decirse que Camba nunca dejó de ser un poco inglés. O de apreciar la felicidad del mismo modo que la aprecian los ingleses, sin estridencias ni alharacas, conformándose con un sol mal imitado y llegando a la conclusión de que no tienen nada de graciosos los países donde a todas horas se baila, se canta o se cuentan chascarrillos. Lo verdaderamente gracioso, decía Julio Camba, es un país donde la gente no acostumbra a reírse.



Londres

JULIO CAMBA
Reino de Cordelia, 341
páginas, 17,95 euros

En Inglaterra, conocí a un gallego que debía de haber leído a Camba. Repetía con frecuencia que lo mejor de Londres era la niebla, y cuando alguien le preguntaba por qué motivo respondía: «Pues, porque impide ver todo lo demás». La niebla es, en cualquier caso, un elemento literario de primera magnitud; no se ha parado de escribir de ella. Un dublinés, **Oscar Wilde**, dejó sentenciado para que se utilizase como resumen de una ciudad que llegó a odiar: «Londres es todo niebla y gente triste. No sé si es la niebla la que produce la gente triste, o si la gente triste produce la niebla». Ahí está precisamente lo gracioso del caso. *Fog*, el vocablo inglés que la describe, no es, digamos, lo suficientemente onomatopéyico para entender de qué va.

Tenía razón Camba, Londres con sol es absurdo. La niebla, sin embargo, lo mismo que ocurre con las calles y las personas, lo envuelve todo y todo lo explica: «El aislamiento, la disciplina, el whisky, la falta de interés para lo que ocurre a dos metros de uno, el egoísmo, los clubs, el *spleen*, el baile inglés y la *box* inglesa, que son dos reactivos poderosos; la falta de iniciativa, la poca exuberancia del inglés, el hecho de que todos los ingleses sean iguales y de que ninguno quiera distinguirse de los demás, el té, etcétera...»

Carlyle definió la niebla como «tinta fluida». El propio Camba reparó que después de un sucio día neblinoso el agua de la bañera de la casa donde vivía quedaba del mismo color que si hubieran lavado en ella un calamar. La verdad es que todo elemento literario de la ciudad fluye a partir de la niebla. Londres es oscuro y subterráneo. Sin esa oscuridad empapada y vaporosa no existiría **Sherlock Holmes**, ni **Stevenson** habría escrito algunas de sus mejores páginas en **El misterioso caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde**. Uno de los que con mayor fidelidad la pintó fue **Monet**; de hecho vivió en Londres dos años para familiarizarse con ella. Para él, era la gran revelación del misterio, una proyección de la sombra entre tenue luz violeta.

Al igual que las cosechas de guisantes, la niebla empezó a empeorar en los primeros años del siglo XX. Inicialmente, se achacó a la dispersión del humo de las industrias. **H.V Morton** contó en **In Search of London** (1951) cómo la última auténtica niebla eduardiana se presentó el 23 de diciembre de 1904, entre cocheros que tiraban de sus caballos y los omnibuses que circulaban lentamente con un farol colgando del frontal. Camba se hubiera reído de ello cuando seis años más tarde se asomó al balcón de la casa de **Mistress Fisher** para presentar un hombre o un coche, surgidos de la bruma, que la propia bruma se encargaba de engullir acto seguido. Ese día de niebla, el escritor gallego incorporó con cierto asombro la palabra *fog* a su método Berlitz.

Por supuesto, **Londres**, de Julio Camba, no trata sólo de la niebla y del *spleen*. En él se incluyen algunos de sus mejores artículos madrugadores sobre los ingleses, su sensibilidad, lo que comen y beben, cuánto se divierten sentados en un sillón dos horas sin abrir la boca, acerca de la moral, la virtud, los barberos, el pudding, la indiferencia británica, los hombres-sandwich y los efectos de la huelga sobre una cocina pensada únicamente para mitigar el hambre. «¡Bendita sea! Es posible que mañana no haya rosbif».